

**GABRIELA
CERRUTI**

BIG MACRI

DEL CAMBIO AL FMI



Espejo de la Argentina  Planeta

GABRIELA CERRUTI

Big Macri

Del cambio al FMI

Espejo de la Argentina  Planeta

El arquitecto

Mauricio Macri se echó a reír. *Estaba desnudo, al borde de un risco. Abajo, a mucha distancia, yacía el lago. Las rocas se elevaban hacia el cielo sobre las aguas inmóviles, como una explosión de granito que se hubiese helado en su ascensión. El agua parecía inmutable; la piedra, en movimiento. Pero la piedra tenía la detención que se produce en ese breve momento de la lucha en que los antagonistas se encuentran y los impulsos se detienen en una pausa más dinámica que el movimiento. La piedra relucía bañada por los rayos del sol. El lago era solamente un delgado anillo de acero que cortaba las rocas por la mitad. Las rocas continuaban, inalterables, en la profundidad. Comenzaban y terminaban en el cielo, de manera que el mundo parecía suspendido en el espacio, semejando una isla que flotara en la nada, anclada a los pies del hombre que estaba sobre el risco.*

Mauricio Macri es Howard Roark.

No es un secreto, claro, pero nadie le presta suficiente atención cuando señala una y otra vez que *El manantial* es el libro que cambió su vida. El que releyó una y otra vez. El que le regaló a Juliana Awada para decirle que

estaba enamorado. El mismo que le sugirió leer a cada uno de sus ministros cuando se sumaron al gabinete. Un rito de iniciación. La vicepresidenta Gabriela Michetti puede decir que lo supo antes que nadie: ya se lo había regalado cuando le pidió que lo acompañara como vicesjefe de gobierno.

No leyó muchos más libros en su vida: le aburren la literatura y la historia. Pocas novelas le atraen, pero las obras de Ayn Rand, *El manantial*, primero, y *La rebelión de Atlas*, después, son la biblia de su religión.

Su héroe es –dice– Roark. El arquitecto individualista, envidioso, que no negocia ni un milímetro sus creencias y sus ideas, que fue capaz de destruir un edificio con sus obreros adentro porque no iba a ceder a las críticas ni a las perspectivas de otros sobre lo que él tenía que hacer o decir. El que cree que el altruismo destruyó a la humanidad y que el egoísmo es la fuerza que la salvará. El que divide la sociedad entre *creadores* y *parásitos*, y cree que la hidalguía es un invento para debilitar la fuerza de los buenos.

Por eso nunca recibe consejos, de absolutamente nadie. Cuando toma sus grandes decisiones, se encierra en sí mismo mientras finge que escucha, o convierte las conversaciones en intercambios triviales para así no dar el brazo a torcer. Está dispuesto a llegar hasta el final por lo que cree y no atiende a las advertencias cuando le plantean catástrofes por venir. Así creció, dice Macri una y otra vez. Así se preparó para ser presidente. Sin dudas, sin miedos.

–Qué le voy a tener miedo a estos –dice.

Con un gesto leve del mentón señala la ventana y deja que la mirada se suspenda en algún punto allende la Plaza de Mayo.

—Qué le voy a tener miedo a nadie... Si crecí con el peor enemigo pegado a mi espalda. Y encima era mi papá.

Con esa convicción, Macri ingresó a la Casa de Gobierno el 10 de diciembre de 2015 para llevar adelante desde allí el proyecto liberal más ambicioso de la historia argentina que se haya puesto en marcha desde finales del siglo XIX. El mismo modelo que a lo largo de casi dos siglos defendieron los sectores empresarios, terratenientes y financieros ligados al capital internacional, e impulsaron mediante gobiernos democráticos o dictaduras militares. Y ahora, por primera vez, se despliega tras un triunfo en elecciones democráticas, y de la mano de un líder nacido, educado y formado en una familia fruto de la burguesía empresaria y la derecha oligárquica tradicional.

Para hacerlo, Macri no tuvo empacho en refundarse a sí mismo.

En algunos meses destruyó a su familia paterna y construyó una nueva, glamorosamente perfecta, exhibida como trofeo en los medios de comunicación y las redes sociales.

Le inició a su padre un juicio por insania hasta hacerlo renunciar a todos sus bienes; mientras la familia lloraba la muerte de su hermana mayor, Sandra, él internó a su hermana menor, Florencia, en una clínica psiquiátrica. Se distanció de su hermano Mariano y puso a su hermano Gianfranco a cargo de los negocios compartidos. Se rodeó de sus amigos del colegio Cardenal Newman y de las relaciones sociales de su madre, Alicia Blanco Villegas. Transformó las empresas heredadas de su padre en fondos de inversión, transfirió las acciones de sus constructoras a testaferros e hizo que sus principales socios, su primo Angelo Calcaterra y su amigo Nicolás Caputo, hicieran lo mismo.

Cambiaron de socios y diseminaron sus valores y propiedades en múltiples fondos de inversión y en empresas radicadas en paraísos fiscales para que sus fortunas y sus negocios resultaran imposibles de rastrear.

Comenzó así el intento más potente de la derecha argentina desde el proyecto de refundación nacional de la dictadura militar que desalojó a un gobierno constitucional el 24 de marzo de 1976. Los sectores empresarios, mediáticos y financieros que habían administrado el Estado por medio de golpes militares, conspiraciones y alianzas con los sectores gobernantes o formando parte activa pero disimulada dentro de los partidos populares, por primera vez en la historia reciente llegaron al gobierno elegidos por los votos de la ciudadanía y representados por un hijo dilecto, nacido, formado y educado en ese grupo social, político y económico.

Desde el 10 de diciembre de 2015 Mauricio Macri instauró un gobierno con prácticas totalitarias que avanzó sobre el control total de la Justicia, manipuló la conversación pública y privada y reprimió la protesta popular, sin ser totalitario. Un gobierno al mismo tiempo extremadamente liberal en lo económico, hijo pródigo del capitalismo financiero y el flujo de capitales líquidos, pero que en la política eligió el abuso de los decretos de necesidad y urgencia y la persecución a los opositores. El mismo patrón de otros gobiernos en los márgenes del Estado de derecho ahora sostenido por el marketing moderno y el uso intensivo de las herramientas del Big Data y la política 2.0.

Economía líquida, política condensada

El laboratorio argentino no fue ajeno al clima de época en el mundo. El auge del capitalismo financiero, con sede en los grandes centros de inversión, donde la Bolsa y las acciones reemplazan a las fábricas y los obreros, se instaló en la Argentina con la misma cuota de fascinación por parte de los sectores del poder y de resistencia por parte de las clases populares que en el resto del continente.

El neoliberalismo a ultranza, con recetas y propuestas casi calcadas de los programas llevados adelante durante los años 80 en el centro del capitalismo mundial, fue al mismo tiempo una definición ideológica nunca revisada de la elite del poder en la Argentina y el lugar que la nueva fase de la economía mundial asignaba. Si la oligarquía argentina de finales del siglo XIX se pensó como «el granero del mundo», el macrismo en el gobierno se proclamó «el supermercado del mundo». En definitiva, un proveedor de materias primas, ya sean producto de la tierra, de las nuevas industrias digitales o –mucho más estratégicamente– de los recursos naturales abundantes en el amplio territorio argentino, y cada vez más protegidos en otras geografías.

En la Argentina de Cambiemos, el ciclo de liberalismo económico a ultranza se impuso desde el primer día con la apertura del comercio, el endeudamiento externo (cuyo extremo se observó en el regreso al Fondo Monetario Internacional [FMI] luego de catorce años de independencia económica), la quita de retenciones e impuestos a las clases altas, el gobierno del Banco Central, la extranjerización de los recursos naturales y los negocios estratégicos de la mano de la familia y los amigos presidenciales. En pocas

semanas se tomaron todas las medidas necesarias para retirar al Estado de aquellos lugares de control u organización de la economía donde las fuerzas del mercado operan solas a favor de los dueños de la propiedad, la tierra y los negocios, a la vez que se empleó el brazo duro ejecutor para aquellas áreas donde fue necesaria la intervención para garantizar las ganancias del grupo en el gobierno.

Se levantaron las restricciones al movimiento de capital, se desreguló el mercado financiero local, se liberó el comercio exterior, se quitaron los subsidios a los servicios públicos y se eliminaron las retenciones a los cultivos y exportaciones industriales. La transferencia de recursos al agro fue automática y la población la pagó desde el primer día con alimentos más caros.

Se ingresó en una espiral de economía líquida, un festival de bonos, acciones, dólares, deuda, que creció hasta convertirse en crisis y corridas que terminaron por llevar a la Argentina, una vez más, al FMI y a reiniciar el camino de endeudamiento y dependencia de los organismos internacionales de crédito que marcó el siglo XX.

Paralelamente, el ciclo de autoritarismo político se reinstauró con la misma ferocidad, el mismo espíritu fundacional y el mismo revanchismo que en épocas pasadas, cuando las dictaduras militares derrocaban a los gobiernos populares, pero sumó variantes nuevas para conservar algunas formas republicanas y la sofisticación de las nuevas tecnologías para el control de la población mediante las redes sociales y los bancos de datos personales.

Macri recurrió a decretos de necesidad y urgencia para modificar cuestiones concernientes al corazón mismo del sistema republicano: el nombramiento de jueces en la Cor-

te Suprema, por ejemplo, y la derogación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que había sido el mayor intento de un gobierno democrático por modificar la estructura monopólica de los medios de comunicación.

La Gendarmería ingresó a balazos en una villa del Bajo Flores y reprimió el ensayo de una murga; la policía comenzó a subir a los medios de transporte públicos para pedir documentos en una política deliberada para instalar el miedo y generar sensación de orden y autoridad frente a un supuesto caos reinante. Durante los primeros años de gobierno, las políticas represivas y de control crecieron en cantidad y en escala, con un uso cada vez más desproporcionado de la fuerza. Con un detalle particular: incorporaron una cuota de arbitrariedad, necesaria para que la amenaza o el peligro surtiera el efecto extra de infundir miedo en la población en su conjunto. Así, se implementaron cacerías indiscriminadas en las zonas aledañas a las manifestaciones, o se envió a cárceles de máxima seguridad a jóvenes que habían escrito un tuit en contra del presidente o su familia.

Pero el miedo no puede instalarse si no llega de la mano del olvido. Así como las políticas de memoria, verdad y justicia fueron, durante los gobiernos de Néstor y de Cristina Kirchner, el encuadre simbólico de las transformaciones políticas y sociales que se llevaron a cabo, el negacionismo y la deconstrucción de las políticas de derechos humanos aparecieron rápidamente como el signo de los nuevos tiempos.

Durante el verano de 2016, con la fuerza de un cataclismo, estos procesos se sucedieron y se entrelazaron. Mientras el Ministerio de Seguridad dictaba el protocolo anti-piquetes y prohibía las manifestaciones, el secretario de Cul-

tura de la ciudad de Buenos Aires se enfrascaba en una discusión pública negando que hubieran existido treinta mil desaparecidos.

La desestimación de los crímenes llevados a cabo por la dictadura militar no guarda sólo el cometido de la búsqueda del olvido, y por tanto de la impunidad, de los hechos en sí mismos. Es también el olvido de la memoria intergeneracional de las luchas sociales previas al genocidio y de la resistencia de los grupos que enfrentaron a los perpetradores. La domesticación de la sociedad mediante el miedo necesita imperiosamente el olvido de los actos de libertad y resistencia. El olvido de crímenes y luchas pasadas como forma de olvido de crímenes y luchas presentes. La impunidad del pasado para la impunidad del presente.

El debate que comenzó cuando Mauricio Macri habló de terminar con «el curro de los derechos humanos» siguió con la cuestión del número de desaparecidos y fue creciendo cuando la Justicia empezó a suspender los juicios de lesa humanidad, o a otorgar la prisión domiciliaria a los genocidas. Se empezó a marcar el camino hacia la búsqueda de nuevas formas de amnistía bajo la idea de la «reconciliación nacional» que ya se había intentado en la década de 1990, durante el gobierno de Carlos Menem.

Miedo, olvido y silencio para dar marco al relato fundacional. El marco a través del cual se profundiza, además, el individualismo –la idea del hombre solo frente a un destino inefable– y se rompen los lazos sociales que resultan fundamentales para la construcción de una trama, un relato, que dé lugar a la resistencia.

Malo, pero único

Un modelo liberal que en su práctica concentra la riqueza en pocas manos no puede convencer al conjunto de la sociedad de que lo que está pasando es bueno: se empeña, entonces, en convencerla de que es lo único posible. O que todo lo demás sería mucho peor.

El acoso a la oposición y la estigmatización de los gobiernos kirchneristas y sus funcionarios formaron parte de esta construcción de otro culpable de todos los males, causa y justificación de los problemas actuales. La realidad que viene a ofrecer el gobierno no genera esperanzas y, por eso, hay que convencer de que es la única posible y que el resto es el infierno tan temido.

Como sostiene el inglés Mark Fisher, el realismo capitalista nos inculca que reducir nuestras expectativas «es un precio relativamente bajo que hay que pagar por quedar protegidos del terror».¹ Citando a Alain Badiou, agrega que «se nos presenta como si fuera algo perfecto un estado de cosas brutal y profundamente desigual, en el que toda existencia se somete a ser evaluada en términos puramente monetarios». Y como el orden establecido no se puede describir como perfecto o maravilloso, sus defensores conservadores «prefieren venir a decirnos que todo lo demás fue, es o sería horrible».

Los globos de colores, las sonrisas y los modos casuales quedaron perimidos apenas las primeras medidas de gobierno despertaron confrontación y enojo. Para cuando llegó la crisis fundacional, las buenas ondas ya formaban parte de un manual perimido. «La imagen de felicidad devino insustentable», describió Alejandro Grimson. «Ese optimis-

mo habilita más reclamos sociales. Para acallarlos hace falta describir a la Argentina como si acabara de ser bombardeada y destruida en una guerra.» Y esa, argumentó, resultó la paradoja del macrismo: «Sólo puede existir por el furioso antikirchnerismo, pero esa misma furia es la que limita su amplitud, su discurso y su proyección».

No hay pasado ni presente. Solo hay futuro. Aunque algunos de los funcionarios provienen de las mismas familias patricias que a finales del siglo XIX y principios del XX intentaron instalar el modelo liberal de «granero del mundo», tampoco se busca allí una referencia histórica de identidad. Porque el capitalismo financiero necesita ser virtual, ajeno a la realidad y, por lo tanto, a la historia.

Hay un momento que ilustra como una anécdota perfecta este discurso fundante: los próceres, que a lo largo de la historia ilustraron los billetes en circulación, fueron reemplazados por animales. «Queremos que haya seres vivos», explicó el jefe de Gabinete Marcos Peña. En la residencia de Olivos, el mismo día en que la Armada daba por muertos a los 44 tripulantes del submarino ARA San Juan, desaparecido en aguas del sur, el presidente proclamaba: «A pesar de las tragedias, de los problemas, que siempre hay, el mundo igual avanza».

Es la promesa de algo inasible en el futuro lo que sostiene políticas que causan dolor y desesperación en el presente. El futuro y el repudio al pasado, sin límites de época ni límites históricos. Nunca se hizo nada bien: no hay utopía pasada en que reflejarse. Delirio psicológico también de quien debe negar su historia y su pasado y vivir con una nueva máscara. El relato histórico de la Argentina reciente, con sus tragedias y sus luchas, es el espejo roto en

que Macri y sus funcionarios saben que no pueden mirarse porque no les gusta, ni les sirve, la imagen de ellos mismos que les devuelve.

«Esto no podría lograrlo sin antes emprender la tarea de un desmontaje de los lugares de mayor densidad simbólica e ideológica, lugares en torno a los cuales el peronismo, y luego el kirchnerismo, produjeron y replantearon la novedosa articulación entre pueblo y nación, expresada sobre todo a lo largo de los tres últimos gobiernos», escribió el sociólogo Daniel Santoro. La herencia de símbolos nacionales se cambió por fotos de familia con fondos naturales. Así, «se exhibe un territorio a explorar, libre de cualquier prejuicio ideológico, purgado de las molestas pretensiones del que viene con opiniones propias», agregó. «Ingrávidos, sin el peso de las herencias simbólicas, podremos ingresar al fin, con la naturalidad del buen salvaje, al paraíso “naturalizado” del poder global financiero».

En un proyecto global en que el deseo es sustituido por el dinero y la burguesía nacional por fondos de inversión sin nombre, sin territorio y sin obreros, la etapa superior del capitalismo ya no es el imperialismo, sino el capitalismo financiero. El gobierno mundial está ejercido por una fluctuación semiótica informática de números que van y vienen, acumulados en pocas manos, y queda desechada la idea de crecimiento y distribución como parangón con la felicidad social. Por eso no hay presente, ni pasado. Y el futuro es una palabra sin contenido, ni territorio, ni utopía. No hay testigos de ese futuro que nos propone el nuevo liberalismo.

El liberalismo autoritario

Mauricio Macri quiere ser Roark. Como él, divide el mundo entre *creadores* y *parásitos*. Cree que los creadores viven impulsados por el egoísmo y los parásitos, por el altruismo. Sabe de memoria pasajes del discurso final de Roark frente al tribunal que lo juzgó por haber dinamitado el edificio, el que interpretó Gary Cooper en la versión de Hollywood del libro que dio origen al objetivismo como idea filosófica. Una mala novela, dicen los críticos, pero la más leída y la más influyente en la historia de una generación de estadounidenses.

La devoción por *El manantial* y las ideas de Ayn Rand parecen haber inclinado finalmente la balanza en la lucha entre las distintas influencias que acompañaron el crecimiento de Macri y terminó por dar sustento ideológico al modelo económico y político de Cambiemos en el gobierno.

Rand llegó a sus manos como un legado de Ricardo Zinn, el hombre al que la familia de su madre Alicia Blanco Villegas designó su mentor político e ideológico para cuidarlo dentro de las empresas de su padre. Fue la disputa entre las influencias más desarrollistas de la rama Macri y la más liberal a ultranza de la rama Blanco Villegas y los amigos del Cardenal Newman, el grupo con el que transirió buena parte de su vida.

Zinn era el gerente general del Grupo Socma encargado de la educación de Mauricio. Fue quien diseñó, junto con José Alfredo Martínez de Hoz, el programa económico del gobierno militar, pero pasó a la historia argentina por ser el mentor del Rodrigazo, el estallido económico que terminó con el gobierno peronista de 1973, llamado así en alu-

sión al ministro de Economía en ese momento, Celestino Rodrigo, de quien Zinn era la mano derecha. Como asesor económico de la dictadura militar se popularizó por su advertencia «Hay que achicar el Estado para agrandar la nación», y dio sostén ideológico a las juntas militares con el libro *La refundación de la República*.

La Famiglia estalló a mediados de la década de 1990, cuando Franco Macri se convenció de que Zinn y los Blanco Villegas estaban acordando con los capos de la Fiat en Italia para sacarle sus empresas y ponerlas en manos de Mauricio.

Fue entonces cuando Mauricio Macri estuvo secuestrado durante diez días en un hecho del cual nunca se encontraron los culpables, que terminó resuelto por una mediación del nuncio italiano Ubaldo Calabresi con sus misteriosos secuestradores y en el que el mismo Macri, desde su cautiverio, pidió siempre hablar con su amigo Nicolás Caputo y nunca con su padre.

Cuando fue liberado, Franco echó a los Blanco Villegas de las empresas y Zinn murió en un misterioso accidente, cuando su avión se estrelló contra las montañas en Bolivia.

Mauricio decidió entonces ser dirigente de Boca, lejos de los negocios y de Franco.

Fue en ese momento decisivo de su vida cuando recorrió una y otra vez el legado de Zinn. Antes de morir, su mentor había creado la filial argentina de Junior Achievement, una organización destinada a propagar las ideas del liberalismo más ortodoxo, y una fundación de estudio y formación en la obra de Rand y Friedrich von Hayek, el economista de la escuela austríaca que llevó sus ideas ultraliberales al Chile del dictador Augusto Pinochet.

El egoísmo de Rand y la defensa del mercado como imperativo de Hayek.

Décadas más tarde, en los primeros dos años de su gobierno, Macri generó en pocos meses el paisaje necesario para implementar el liberalismo autoritario en su versión nacional. La expresión caracteriza a quienes, para llevar adelante el proyecto más liberal en términos económicos, necesitan instalar el autoritarismo político. Es un concepto que surge de los debates de juristas durante la República de Weimar, que sostuvieron algunos como Hermann Heller. El liberalismo autoritario encarna las mismas ideas que la escuela austríaca, de la mano de Hayek primero y de Milton Friedman luego, llevó adelante en Chile durante Pinochet, y que volvieron a poner de moda los republicanos del Tea Party en los Estados Unidos.

En 1981, el diario *El Mercurio* le preguntó a Hayek cuál era su opinión sobre las dictaduras. Respondió que, como instituciones a largo plazo, no le parecían bien. «Pero una dictadura puede ser un sistema necesario para un período de transición», matizó. «A veces es necesario que un país tenga, por un tiempo, una u otra forma de poder dictatorial. Como usted comprenderá, es posible que un dictador pueda gobernar de manera liberal. Y también es posible para una democracia el gobernar con una total falta de liberalismo. Mi preferencia personal se inclina a una dictadura liberal y no a un gobierno democrático donde todo liberalismo esté ausente». Su impresión –agregó– era que en América del Sur habría una transición del gobierno dictatorial a un gobierno liberal.²

La actualidad de la caracterización de Heller del liberalismo autoritario quedó plasmada durante la crisis euro-

pea de la primavera de 2015, la caída del gobierno griego, el colapso financiero y el surgimiento de los movimientos de resistencia. Un proceso que buscó la despolitización de la economía, dejando en manos del Banco Central europeo las decisiones, pero que garantizó ese liberalismo a ultranza con formas cada vez más autoritarias, que obligaron a hablar no solo ya de déficits en la democracia, sino de la creación de verdaderos Estados de excepción.

Trasladado a la Argentina, el concepto presenta un Estado que aparentemente se *achica*, amparado en un relato según el cual su sobredimensionamiento es culpable del déficit, la inflación y la crisis económica, pero que al mismo tiempo se hace fuerte para garantizar las políticas impuestas por el mercado y defenderlas de los embates por la resistencia de quienes pierden derechos y recursos en la nueva distribución de la riqueza, una ciudadanía que se debe mantener fuera del modelo.

Para Heller, en una Alemania que veía ceder al Estado de derecho frente al avance del nacionalismo, «el Estado total *cualitativo* es supuestamente el Estado total que dibuja una línea tajante de separación frente a la economía, aunque gobernando, por otro lado, con los más fuertes instrumentos militares y los medios de manipulación de masas», que, en aquella época, eran apenas la radio y el cine. Esta paradoja no es tal, sino la forma de disimular la realidad: el Estado liberal es fuerte en su función de protección del mercado y de la economía frente a exigencias democráticas de redistribución de la riqueza o que interfieran con su voluntad de eliminar del mercado determinadas necesidades sociales, y es débil en su relación con el mercado en cuanto espacio designado para que el capital bus-

que de manera autónoma su beneficio: la política de gobierno debe proteger, y si es necesario extender, sin traer a colación problemas como la definición de este proceso económico. «Esta bipolaridad del Estado liberal construye un Estado autoritario en lo social y en lo político para garantizar el orden económico de la acumulación del capital», sintetizó.

Creadores y parásitos en la Argentina

Las ideas de Rand y Hayek se apoderaron de la conversación pública argentina sin que se mentara a los autores: el ultraliberalismo económico, el autoritarismo político y el egoísmo como el motor social.

En muy poco tiempo, la cuestión del dinero fue el tema central de cualquier conversación, pero también de los titulares de los medios. Dinero y cifras en sus múltiples variantes: dinero robado en corrupción, dinero ganado en la timba financiera, dinero para los negocios, dinero en la evasión, dinero transformado en papeles como las Lebac (letras del Tesoro), que pasaron a formar parte del lenguaje cotidiano en una población que en su mayoría no comprende de qué se está hablando cuando se habla de la Bolsa de Valores, los bonos, las tasas y el mercado a futuro. El dinero que uno merece o no, el que puede ganar o no, siempre en una carrera hacia el egoísmo social más riguroso. Claro que al egoísmo se lo llamó *meritocracia* y el elogio del individualismo llegó a través de formas más sofisticadas de búsquedas espirituales y críticas a lo colectivo.

En sus doce años de gobierno, y en particular a partir de la crisis internacional, el kirchnerismo cambió los motores de la economía argentina para centrarlos en el mercado interno y el consumo. En el marco del derrumbe global de los mercados de las materias primas y los menores flujos de inversión directa, el devenir de la economía nacional estuvo más vinculado al mercado interno, cuyos motores fueron el empleo, los salarios y el gasto público. Este cambio en el patrón de crecimiento se dio en paralelo con un Estado más presente, con mayor empleo público, con paritarias que le ganaban a la inflación y con el achicamiento de la desigualdad, principalmente a través de políticas como las moratorias jubilatorias, la Asignación Universal por Hijo (AUH) y la Ley de Movilidad Jubilatoria.

Para el neoliberalismo —el macrismo en particular—, el modelo económico del kirchnerismo no fue más que la representación local de las políticas populistas que en esa época se desarrollaban en todo el continente latinoamericano, y la presencia estatal fue casi asimilada con el colectivismo combatido en otros lados del mundo durante la Guerra Fría. El *exceso de beneficios*, tanto a pequeñas empresas como a los trabajadores, planteaba un esquema insostenible.

La idea de que cada uno tiene que conseguir lo que le corresponde sin ayuda del Estado se estableció desde el primer día con el concepto de la *meritocracia* y la construcción de un relato según el cual la culpa de todo lo malo que sucedía era de algún otro que recibía beneficios que no se merecía. Ese otro, favorecido a costa de lo que uno tendría si ese otro no existiera, tiene bordes difusos: puede ser tanto un funcionario del gobierno anterior que «se robó todo»

como un vecino que pagaba poco de luz y, por lo tanto, era culpable de la crisis del sistema energético. Pero la inculpación tiene un objetivo más profundo: todos son responsables, por lo tanto, cada uno es responsable.

Si el país no arranca, si el gobierno no tiene éxito en sus medidas, nadie tiene derecho a protestar, ningún reclamo es legítimo: cada uno es un poco responsable de la debacle.

La inculpación de la sociedad en su conjunto y de cada uno en particular es parte de la inyección desmovilizante que el liberalismo impregna en la sociedad, y que pasa intermitentemente de generar abulia y depresión a generar odio, desesperación y resentimiento.

Si el liberalismo siempre necesitó de este clima para que triunfe el núcleo de egoísmo que es su motor ético, las redes sociales son, en este nuevo siglo, el lugar ideal para exacerbarlo. El odio al otro, expresado y amplificado, va aislando al ciudadano de los demás miembros de su comunidad, en quienes ya no puede confiar y a quienes cada vez valora menos. Al poco tiempo termina por denigrar a cada uno, lo cual le devuelve como espejo una imagen desvalorizada del individuo.

Los funcionarios del nuevo gobierno no escatimaron el uso de un lenguaje denigratorio y en breve lograron que un sector social lo asumiera como propio. «Creyeron que...», por ejemplo, fue la muletilla que se utilizó para presentar a continuación desde derechos constitucionales hasta pequeños actos consumistas.

Cada quien debía preguntarse si merecía aquello que tenía o era algo que le habían regalado, o que le había quitado a alguien, o que podrían quitarle. Valía para un elec-

trónico nuevo y el viaje de vacaciones, como para la educación, la salud y el trabajo.

«Le hicieron creer a un empleado medio que su sueldo medio servía para comprar celulares, plasmas, autos, motos e irse al exterior. Eso era una ilusión. Eso no era normal», sostuvo Javier González Fraga a poco de asumir el gobierno de Cambiemos. En sintonía con el economista, la vicepresidenta de la nación, Gabriela Michetti, justificó el ajuste argumentando que los argentinos vivieron una «fantasía» que no podía durar «eternamente». Puntualizó: «Lo más difícil para nosotros es atravesar el momento en el cual salís del populismo y salís de la fantasía de una mentira importante y muy grande, de haberle dicho a la gente que podía vivir de esta forma eternamente porque tenemos recursos para eso». En el tercer año de gobierno, cuando comenzó una lucha fundamentalista encabezada por el propio Macri para defender el alza desproporcionada de las tarifas, se sostuvo una y otra vez que se trataba de una batalla cultural: las tarifas no eran altas, el problema era que los argentinos gastaban demasiado.

En la ideología del egoísmo liberal económico no alcanza con que cada uno busque su espacio para llevar adelante su proyecto: además, se debe romper con la idea de solidaridad. Para que triunfen los *creadores* de Rand es necesario terminar con los *parásitos*. «Lo que vale es lo que el hombre es y ha hecho de sí mismo, no lo que haya o no haya hecho por los demás», dice el arquitecto preferido del presidente en su alegato final en *El manantial*. Y para eso es imprescindible no pensar en los demás ni sentir nada por ellos.

La nueva narrativa, clásica en los gobiernos liberales, funcionó también como una confrontación con el pasado

reciente. La idea de solidaridad, igualdad, redistribución y justicia habían sido el *corpus* ético y político del relato kirchnerista. Un movimiento heredero de las nociones de comunidad y solidaridad transmitidas desde Eva Perón, y que Cristina Kirchner sintetizó en la idea «La patria es el otro», una frase que pronunció durante un discurso en que se anunciaron planes de solidaridad para las víctimas de inundaciones.

El otro, en cambio, es el responsable de que usted no pueda desarrollarse, define ahora el gobierno. La fatal arrogancia –escribió Hayek en su último libro, tomado como ley fundamental por el equipo económico de Macri– es creer que la solidaridad existe y que, con la idea de *lo social*, todo pasa a tener otro valor. El otro es un parásito que quiere vivir del Estado, o de usted.

El poderoso dispositivo comunicacional pone en marcha una degradación de la sociedad, que comienza por una discrepancia virulenta con los culpables de mi propia decadencia, los responsables de mis insatisfacciones, sean los funcionarios del gobierno anterior, mis vecinos, o el Estado. Y termina por insuflar la desesperanza y la anomia en toda la sociedad: si soy el único responsable de lo que sucede en mi vida, y no obtengo nada de lo que quiero, entonces también soy un parásito y merezco mi nada.

De los fondos de inversión al gobierno

La familia Macri acompañó con transformaciones en sus empresas cada ciclo histórico de la Argentina, y también lo hizo cuando uno de los propios llegó a la Casa Ro-

sada. Tanto Mauricio Macri como su primo Angelo Calcaterra y su amigo y socio Nicolás Caputo transformaron sus empresas en papeles, en acciones, y las dejaron en manos de fondos de inversión cuya opacidad impide rastrear ganancias, titularidades, relaciones.

El estallido del escándalo conocido como los *Panama Papers* al inicio del gobierno de Macri iba a dejar al descubierto parte de esa trama, pero tal vez en una etapa todavía no muy desarrollada. Las empresas con domicilio en paraísos fiscales fueron el signo de los tiempos del capitalismo, cuando los Estados decidieron ejercer mayor presión tributaria sobre las compañías y el capital llevó sus riquezas a territorios donde no se pudieran rastrear, o donde evadir esa carga impositiva.

En la época de la Patria Contratista, la familia Macri tuvo empresas constructoras que fueron las principales beneficiarias de las licitaciones del Estado. En la década de 1990, con la llegada del neoliberalismo y las privatizaciones, las transformaron en firmas de servicio. A cada nueva inversión la acompañó la creación de una sociedad en un paraíso fiscal, donde girar los dividendos y escapar de la carga fiscal del territorio donde desarrollaban sus negocios.

Cuando comenzó el nuevo siglo ya las habían convertido al paradigma del capitalismo líquido. Las empresas de energía, por caso, no eran una pieza de la fortuna familiar, sino que habían sido reemplazadas por acciones en fondos de inversión con sede en otros países, en muchos casos paraísos fiscales. La explotación de los recursos naturales, otro ejemplo, a través de sociedades sostenidas en redes de comunicación virtuales que no tributan ni existen en el mundo material.

Como explica Franco Berardi, «la burguesía era una clase territorializada que sabía gestionar la propiedad física y la relación medible entre tiempo y valor»; ahora, la conversión del capital a las finanzas «muestra el fin de la vieja burguesía y la proliferación desterritorializada y rizomática de las relaciones de poder económico». La vieja burguesía deja de existir y la sustituye «una clase virtual proliferante, que habitualmente se define como mercados financieros».

Así se entronizó una nueva elite, producto de la desterritorialización de la riqueza, de la conversión del valor del trabajo y la producción en papeles y circuitos virtuales, manejados por seres más o menos anónimos, escasos, repetidos. La burguesía necesitaba que creciera su pueblo, su ciudad, su país, para crecer ella; el capitalismo financiero, en cambio, tiene un único deseo: hacer dinero para hacer dinero. O sostener esa fantasía llamada dinero a través de las redes virtuales.

Este capitalismo sin identidad es liviano: la idea de la *alegría* suple a la de la felicidad, sencillamente porque la búsqueda de la felicidad conlleva nociones como tiempo, trama y sentido que ya no se pueden permitir. En términos económicos y sociales, la felicidad no es un don; depende del lugar en la armazón social, de las relaciones económicas y sociales, del desequilibrio entre las expectativas y las aspiraciones y la realidad de la distribución de la riqueza. La alegría, en cambio, es individual, e individualista. Es un momento; ni una condición ni un proceso.

De manera equivalente, el «voluntarismo mágico» —como definió el terapeuta David Smail, quien analizó las políticas de salud mental en el Reino Unido en épocas de

Margaret Thatcher— se transforma en el egoísmo creador de Rand, la meritocracia que defiende el macrismo.

En la Argentina de hoy la producción, la industria y el trabajo fueron reemplazados, en el lenguaje y las aspiraciones, por el Merval, las acciones, los fondos de inversión. Durante los primeros años del gobierno de Cambiemos, las mayores ganancias se obtuvieron claramente en la Bolsa y los mercados; la principal inversión fue comprar bonos o letras del Tesoro y la principal actividad del Estado, la colocación de deuda en el exterior; el principal ingreso de divisas no se volcó al consumo o a la apertura de fábricas, sino a la especulación, la llamada «bicicleta financiera». Dinero hecho de dinero. O ni siquiera eso: ganancias hechas de papeles que representan dinero.

Una rápida mirada por los principales hombres en el equipo económico de Macri permite reconocer un cuadro de situación incontestable: ninguno proviene de la industria productiva. Todos hicieron su fortuna en los fondos de inversión o en la banca extranjera. JP Morgan, Pegasus, Lloyds, Alto Global Fund, Princess International Group (radicada en las Islas Caimán), el Grupo Roberts (holding financiero integrante del HSBC). Los principales sostenes del gobierno son los mejores representantes de ese mundo: Luis Caputo, Gustavo Lopetegui, Mario Quintana. Los hombres de los fondos de inversión y los bancos en la Argentina quedaron a cargo de las principales políticas de gobierno.

Todos, por otra parte, son figuras casi desconocidas tanto para la burguesía terrateniente como para los grandes industriales. Son los hijos de la generación de la crisis mundial del neoliberalismo en la década de 1990, que terminó

en la más extraordinaria transferencia de recursos a la clase financiera. Franco Macri lo dijo sin rodeos cada vez que alguien se acercó a pedirle consejo sobre cómo manejarse con el gobierno de su hijo: «Yo ya no entiendo nada. Ahora manejan todo los chicos del Newman».

El Cardenal Newman, el colegio de elite en el que hicieron sus estudios primarios y secundarios Mauricio Macri y una parte del Gabinete, no fue solamente un establecimiento de formación liberal clásica. También pasó años sumido en un escándalo que se ocultó como secreto de Estado: en la época en que el presidente y los ministros ocupaban esas aulas, fueron comunes los casos de abuso sexual a alumnos, perpetrados por algunos de los sacerdotes irlandeses que dirigían la institución. Pero el tema se acalló una y otra vez, como esos secretos de *Famiglia*.

Dos obstáculos para los creadores

El liberalismo autoritario que vino a instaurar Mauricio Macri, tal vez como la última y más osada batalla de la derecha argentina por maximizar sus ganancias y transformar a la Argentina en un laboratorio para el mundo, se encontró con dos contradicciones no menores.

Necesitado de destruir fronteras y territorios, el gobierno asumió en el momento en que en otras latitudes los pueblos se volcaron hacia los nacionalismos. Macri esperaba el triunfo de Hillary Clinton en las elecciones de los Estados Unidos, pero ganó su otrora amigo Donald Trump. Paradójicamente, este Trump que había sido su socio en los primeros negocios globales del hijo de Franco, que le había servido para conocer

Nueva York y desprenderse de ese aire a mafia italiana que venía con su familia, ahora representaba su peor pesadilla.

Las implicaciones del eslogan *Make America Great Again*, el aumento de la tasa de interés: todo iba en detrimento de un plan que contemplaba una alianza brutal con el liberalismo estadounidense y ubicaba a Wall Street como el centro de su programa económico y político.

En Europa el panorama no se presentó más alentador. Desde los movimientos nacionalistas en Gran Bretaña y España hasta el triunfo de Emmanuel Macron en Francia convirtieron a Macri en un abanderado de las ideas liberales y la contracara de los temidos populismos latinoamericanos, pero un socio menor en el momento de pensar las alianzas estratégicas o las inversiones. Argentina podría proveer materia prima y permitir la explotación de sus recursos naturales, y hasta sumarse a la carrera armamentista y de seguridad (que garantiza una de las industrias en las grandes economías occidentales), pero nadie iba a modificar su política de cierre de fronteras comerciales por su pedido.

Europa y los Estados Unidos –sobre todo su banca– estaban abiertos a dar créditos y contribuir al cuantioso endeudamiento de Argentina –una vez más– y a enviar productos –y dólares– al mercado interno. Pero nunca a ser socios, ni siquiera a enviar inversiones estructurales. Los dólares, por otra parte, ingresan y salen en busca de mejor rendimiento, pero nunca se transforman en inversión productiva.

La segunda contradicción se hizo presente a poco de andar los dos primeros años de gestión. El gobierno necesitaba una comunidad arrasada, deprimida, sin deseo, afe-

rrada al instante presente como una tabla de salvación. Una sociedad profundamente politizada y alerta, con una fuerte memoria histórica y con lazos de solidaridad y resistencia, se manifestó como exactamente lo contrario de lo que esperaban.

El liberalismo autoritario no soporta la solidaridad social, el nosotros de los *parásitos*. Necesita que cada uno esté armado contra el resto. Y si bien el macrismo se anunció como un lugar de alegría y tranquilidad, en el gobierno se definió como el mayor impulsor del enfrentamiento social. Necesitó el relato de una sociedad bombardeada y una economía destruida para explicar su falta de perspectiva y soluciones. Convirtió en enemigos a todos los que no eran de su círculo; incentivó hordas en las redes sociales dispuestas a lapidar a quienes no se reconocieran parte del club. Frente a ese cataclismo, en una sociedad en ruinas, crispada y violenta, la idea de una vida liviana, frívola, sin raíces y sin compromiso resultó cuando menos inadecuada, y los discursos de los funcionarios que se ataban a esas consignas perdieron rápidamente valor.

El marketing plagado de sonrisas y «buena onda», sintetizado en los globos de colores que marcaron desde el inicio sus apariciones públicas, se transformó en caricatura y burla en las redes sociales apenas debieron atravesar la primera crisis. Palabras vaciadas de contenido y mensajes pergeñados para no decir nada estallaron al ritmo de las movilizaciones callejeras, las protestas masivas y la puja distributiva real, en una sociedad que no abandona el ejercicio de sus plenos derechos.